



AYER Y HOY

2

Diciembre - 1948

Un artista...

JENARO

Una maravilla...

LA TIJERA DE JENARO

ARTISTAS:

Lo seréis doblemente si sentís
por dentro el arte... y por
fuera...

os viste JENARO

ZOCODOVER, 7

Luminosos como una acuarela quedarán sus vestidos

TIÑÉNDOLOS CON

H O M E - D Y E

(En frío y en caliente)

¡¡AVICULTORES!!

Pollitos fuertes... con
YEMINA, superalimento en polvo.
MICROZUL, bactericida.
VITAMEX, aceite de hígado (19 pts. kg.)

Representante: S. ABAD BERNABE

Taller del Moro, 16

TOLEDO

DE VENTA EN LAS BUENAS DROGUERÍAS

JOSÉ HERNÁNDEZ CASANOVA

SUCESOR DE JULIO GONZÁLEZ

ARTÍCULOS DE PINTURA ARTÍSTICA

DROGAS :-: PERFUMERÍA

CASA FUNDADA EN 1897

Cadenas, 1 y 3 y Plata, 27

TOLEDO

TELÉFONO 1220

LIBRERÍA Y PAPELERÍA

G. - M E N O R

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.

Tempera.

Acuarela.

Pastel.

Lienzo.

Papel.

Pinceles.

Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
extrafina "ROSAL FORTUNY"

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"

REPI SO

MOLDURAS Y CUADROS
CERÁMICA DE TOLEDO Y TALAVERA

COMERCIO, 35 y 37

Teléfono 1357

AVENIDA DE LA RECONQUISTA, Bloque II

Teléfono 2065

TOLEDO



AYER Y HOY

REVISTA ARTÍSTICO-LITERARIA
EDITADA POR
LA ASOCIACIÓN
DE ARTISTAS
TOLEDANOS

Año I • Redacción: Gigantones, 3 • Toledo - Diciembre 1948 • Núm. 2

NOS DICEN QUE...

El Ayuntamiento de Talavera de la Reina ha convocado un concurso de pintura, escultura y dibujo, para artistas locales, con numerosos premios en metálico.

La Casa comercial "Hispano-Olivetti", organizó el concurso provincial de mecanografía, y los Organismos, Corporaciones locales y provinciales, Entidades, etc., se volcaron en un derroche de regalos, trofeos, objetos, metálico, para el ganador o ganadores.

Lo mismo ocurre en los concursos o certámenes de otros órdenes, tiro de pichón, torneos de ajedrez, carreras ciclistas y de camareros...

En una sala del Teatro de Rojas, se exhibían unas cuantas obras de arte de muchachos toledanos, entre los que se vislumbran verdaderos valores que con un poco de ayuda llegarían a ser figuras nacionales o universales, porque esas obras están hechas en minutos robados al descanso de sus ocupaciones habituales y acusan ya una maestría excelente en algunos casos de verdaderamente dotados.

Pues bien, la presente exposición, como otras anteriores, languidecía de hastío. Ni una obra vendida. Ni un solo premio.

Allí estaban los cuadros, arte joven y prometedor de gloria para Toledo y España, solo, triste, sin una ayuda, sin un apoyo, en el mayor desamparo. Mientras, en un escaparate del comercio toledano lanzan sus brillos cegadores los premios generosamente ofrecidos EN AYUDA DE LA PROPAGANDA DE UNA FÁBRICA QUE CUENTA POR MILLONES SUS BENEFICIOS.

¿Se explican ahora muchos por qué Toledo, madre de las bellas artes, no cuenta hoy con una figura capaz de hacer sonar su nombre en el ámbito nacional?

Y España sería en la actualidad casi desconocida en el mundo, de no ser por sus Artistas, sus Guerreros y sus Sabios.

NUESTRO PRIMER SALON DE OTOÑO

POR ABEN-COMAREX

Al ser invitado a escribir unas notas sobre la exposición recientemente realizada por «Estilo», me he encontrado algo perplejo, pues me parece bastante difícil, en unas breves líneas, condensar impresiones tan distintas como las que experimenta todo amante de lo bello, ante cualquier manifestación artística. Y ahora, ahí van mis impresiones, procurando seguir el orden del catálogo.

Presenta Rafael Carrasco tres apuntes, «La costa de Porto Navo», la «Barca varada», son dos cositas simpáticas y finas de color, pero los verdes del «Hórrexo de Mari Cruces», son demasiado verdes. ¿No recuerda el autor la tan conocida frase: los verdes hay que pintarlos sin verde?

Enrique Gilarranz, en su «Puente de San Martín», consigue aciertos de color en las montañas y en el cielo, tiene una agradable fluidez; en cambio, las aguas, excesivamente hechas, carecen de calidad.

Pedro Toledano parece no haber encontrado su propio modo de expresión artística. Su descuido de los valores cromáticos, hablan claramente de su inquietud frente a los problemas que crea el natural.

M. Mendoza, en su «Patio del Alcázar», dibujo vigoroso y bien compuesto como un grabado, nos dice que acaso éste fuera su propio camino.

Quintana presenta tres retratos; el mejor, el señalado con el número 12, y el de señora, también contiene aciertos de expresión y técnica; el de muchacha, sucio de color, con un cuerpo casi gótico, no corresponde a la altura de los otros. Los paisajes son inferiores a la figura.

Quintanilla, que pertenece al grupo de vanguardia, exhibe un dibujo acuarelado, de actualidad el tema y técnica pasada, y unos óleos en los que quiere hacer «ismos» empleando mucho negro y mucho ultramar. Estas cosas de Quintanilla ponen una nota de simpática rebeldía en la Exposición.

Vinader nos muestra una Plaza de pueblo y unas flores excelentes de color y bien empastadas; aquí hay madera de colorista.

Expone E. Sánchez un buen lote de cosas, entre las que hubiera sido preferible escoger, seleccionando un poco. El «Embalse del Torcón», sobrio y logrado, acaso sea lo mejor.

Luis Pivaldi, con unos dibujos en lápiz carbón y lápiz acuarelado,

duros y colorineados, nos indica que es capaz de empresas mayores. El retrato de su hijo, pintado a contraluz, terroso en las carnes, no está logrado.

P. Gamarra presenta unos paisajes de Toledo que parecen pertenecer a dos personas distintas. Unos, supongo anteriores, son agrios de color, pero muy característicos de su modo de hacer, y otros en los que ensaya una fórmula nueva, aún no asimilada, pero iniciada con fortuna.

F. Gómez, en un bodegón campesino, tiene notas aceptables y bien dibujados algunos trozos. Pero el perro es una nota anecdótica demasiado ingenua. Los grandes animalistas, sólo lo fueron a base de un intenso estudio y una gran comprensión hacia estos simpáticos amigos del hombre. Es una sugerencia que le brindamos.

Quirós nos muestra unos agradables dibujos en tinta, en los que la perspectiva no siempre está de acuerdo con la realidad; pero el más frontal, «Posada de la Hermandad», está muy bien conseguido.

F. del Valle expone una preciosa cajita damasquinada, de un gusto excelente, saliéndose, dentro de la técnica (claro está), de la vulgaridad y la monotonía. Adelante, muchacho, a trabajar mucho, que un amplio camino se extiende delante de tí.

E. Castaños, con sus bien logrados rincones toledanos, en los que el color deja ver la formación balear del autor, nos da la visión de un Toledo riente y luminoso, a estilo de los coloristas del Sur.

T. Camarero nos sugiere, con sus pinturas infantiles, un consejo: estudia y trabaja silenciosamente, sin impacencias por mostrar, por un momento de vanidad, estudios y balbuceos.

B. Navarro nos muestra un completo paralelismo con R. Boville. Sus estudios de naturaleza muerta, estudio en verdes amplio de pincelada y muy bello de color, y el de R. Boville con una tela de listas por fondo y un velón de cobre, que tiene mucha calidad, así como la «Felipa», de esta última. Los dibujos de Berta nos hacen pensar en cierta escuela de pintura andaluza. Ponen hoy la nota de originalidad las mujeres con unos cuadritos hechos, ¿con qué procedimientos?, que recuerdan las lacas y hacen muy vistosos y agradables. «Estampa romántica» y «Guardián de harén», nos han gustado mucho.

J. L. P. de Ayala nos sorprende con una caricatura excelente de parecido y técnica del Marqués de Lozoya; en cambio, «Porcelana y cristal», que parece recortado a punta de tijera y

con una técnica muy siglo XIX, nos ha decepcionado un poco. «El Filósofo», de P. M. P. de Ayala, es interesante y bien tratado.

M. Pintado, con sus excelentes cualidades de gran dibujante, nos deja un poco fríos. Todas sus cositas, demasiado pequeñas, hacen pensar que un poco más de valentía y amplitud, harían ganar mucho su pintura. ¿Por qué abusa tanto de las copias?

En R. de los Paños, las caricaturas son muy superiores a las pinturas, en que el negro, siempre venenoso, hace pensar en la conocida norma de... donde no veas nada, mete negro.

Barret pinta una Mallorca presentada, a través de descripciones y de copias, con muy poca luz mallorquina; a pesar de ello, consigue aciertos y armonías de color interesantísimos. Si esta sensibilidad la aplicase a pintar la fría luz toledana, sin imaginativos viajes a luces desconocidas, haría seguramente cosas muy bellas.

B. Esperanza, de tendencia moderna, haría bien en limpiar su paleta y trabajar con técnicas diversas.

Los tapetes de cuero labrado de M. González, están finamente trabajados. Lástima que sólo se atreva con trabajos de pequeño tamaño.

A. de la Cruz presenta dos paisajes, en los que los verdes y dorados, puestos poco cuidadosamente, recuerdan las decoraciones de Teatro. Más estudio del natural hecho con devoción, darán frutos excelentes, pues tienen cierta originalidad interesantes estos paisajes.

F. Robles pretende asustarnos con su «Sacrificio de Abraham» y con su «Cristo azotado». En ellos se olvidó lamentablemente de la Anatomía, del dibujo y de la pintura. Para ser geniales, es necesario pasar antes por el fino tamiz de un trabajo duro y honrado frente al natural y de muchos años de labor callada y sumisa. Joven: no hagamos *l'enfant terrible* para tener, acaso, tarde ya, necesidad de volver al austero camino del sacrificio.

Villarroel, en sus «Alrededores de Toledo», trabajó tanto los últimos términos, que se nos vienen encima, así como ciertas nubecillas que flotan en el cielo, parecen levantadas del suelo por los pies de los visitantes; pero es muy agradable de color y siguió la norma de entonar en un dorado bastante bonito.

V. Conde, con una serie de tablas excesiva, en las que hay ingenuidad de muchacho que se divierte jugando a los pintores en sus ratos de ocio, si estudiase seriamente, acaso nos diera buenos trazos de pintura.

Moragón presenta unos dibujos que recuerdan los periódicos infantiles y que, con humor y soltura, tapan algunos defectillos que pudieran tener tratados en serio.

Las fotos de Rodríguez son francamente bonitas y buenas de luz y ambiente.

Los hermanos Delgado exponen una preciosa colección de esmaltes, en los que se nota un progreso efectivo entre

Memoria de la Asociación de Artistas toledanos ESTILO, correspondiente al 1948

Leída ante la Junta general celebrada el día 14 de Noviembre por el Secretario 1.º DON EMILIO GARCIA RODRIGUEZ

«Recogiendo el sentir de quienes consagran su vida al estudio y desarrollo de las Bellas Artes; cumpliendo el deseo de crear una comunidad espiritual entre los que aman toda manifestación estética, ambicionando allanar el espinoso camino del Arte para aquéllos que comienzan su recorrido, en un ambiente de paz y hermandad, nació la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo».

»Con la primavera del año 1947, renace el entusiasmo emprendedor de una juventud y la serenidad jubilosa de la madurez, para aunarse en el seno de la Comisión encargada de plasmar en un Reglamento el ansia y la necesidad tan hondamente sentida, y los Sres. Vera, Delgado, Bacheti, Garrido, Béjar, Guerrero, y quien tiene el honor de someter a vuestra consideración la presente Memoria, llevaron a feliz término el trabajo que se les encomendó, consiguiendo se aprobase el articulado mediante el oficio de la Secretaría General del Gobierno Civil de Toledo en 8 de Enero de 1948.

»De un mes después, data el nombramiento de la Junta Directiva elegida por vuestra voluntad y que hoy se presenta para daros cuenta de su gestión anual, lamentando anticipadamente los posibles errores que podáis encontrar en su labor, presidida siempre por el mejor de los deseos.

»La Asociación albeora organizando un Concurso para designar su emblema representativo, en el que se premia al proyecto presentado por el Secretario 2.º Sr. Garrido, expuesto, con los bocetos inscritos, en la Fotografía Rodríguez.

»A la humilde presentación, sucede el magnífico Certamen presentado con motivo de las fiestas del Corpus, entre las cinceladas piedras de Santa Cruz de Mendoza; el de Humoristas, en la aristocrática sobriedad de la galería del Excmo. Ayuntamiento, coincidiendo con la conmemoración de la reconquista de Toledo por el Ejército nacional, y el de Otoño, abierto en el Teatro de Rojas, saturado del romántico recuerdo de una generación que muere.

»Públicamente, expresa la Junta su gratitud al Excmo. Sr. Gobernador Civil de la provincia por la cooperación, tanto moral como material, prestada a la Asociación, costeando un premio exclusivo para sus componentes, en el Concurso de carteles anunciadores de la romería de la Virgen del Valle y de la solemnidad del Corpus Christi, y a las Excmas. Corporaciones provincial y municipal, por las subvenciones concedidas para el sostenimiento de nuestra Agrupación artística, sin olvidar la generosa aportación de la Hermandad más característica de Toledo.

»Dos justas literarias para festejar las fechas en que la Imperial Ciudad se despuebla en la máxima religiosidad campesina y vibra con el áureo fausto de la Eucaristía, donde triunfaron los Sres. Sánchez, Delgado y Garrido, junto a los pinceles de los Sres. Bacheti, Relanzón y Quismondo, expresan una modalidad de nuestros afanes; la simpatía que imprimió a sus Conferencias literario-musicales el Sr. Infantes los días 25 de Abril, 16 de Mayo y 17 de Octubre en el Paraninfo del Instituto, denotan la grácil erudición vertida por una mocedad afortunadamente rebelde a los gustos de su época; la excursión al Castañar, evocación alegre de los hombres que forjaron nuestra Historia, desde la sublime austeridad de la llanura y la legendaria poesía que despertó con la fiesta patronal del Cristo de la Luz, el toledanismo que impregna la actuación de la Junta.

»Pero no pretendemos encerrarnos en los límites, siempre estrechos, de nuestro recinto murado; sino por el contrario, simbolizar el vuelo heráldico de Toledo en la cordial invitación a todos los artistas españoles, y especialmente a los que residen en Madrid y Talavera de la Reina, así como establecer contacto con la ciudad por medio de nuestra revista, donde destacadas firmas dan cuenta de las inquietudes que nos animan.

»Recordando siempre que una de las misiones esenciales de la Asociación es la de prestar ayuda a los artistas que inician su carrera, hemos solicitado becas para sus protegidos; proyectos en vías de realización, es la Apertura de una Escuela de Arte Escénico, la existencia de un domicilio social, el establecimiento de una Exposición permanente y la organización de actos culturales a base de prestigiosas personalidades; para ello, contamos con la asesoría de los Sres. Lagarde, Gimena, Vera, Infantes, Palencia, Martín Ruiz, Pascual, Quismondo y Ruiz de los Paños, especialmente nombrados, y con vuestra colaboración, que no dudamos nos será concedida para alentar nuestras tareas.

»Aunque nada más doloroso que descender a prosaismos económicos, es un deber manifestaros que el número de asociados es el de 151, y el saldo a favor de la Agrupación, de 5.013,67 pesetas, modesto numerario para nuestras aspiraciones, pero no olvidar que el artista hace profesión de pobreza y que, con ella, ganó muchas veces el lauro de la inmortalidad.»

éstos y otros que conociamos. Nos parece muy plausible el deseo de resucitar la vieja tradición de esmaltadores o esmaltistas y aplicar las condiciones artísticas a otros campos y otras técnicas.

S. Cepeda nos presenta unos dibujos *detallistas* casi miniados, pero su dibujo «Desilusión» es altamente sugestivo y sus motivos vascos (otra vez

las mujeres) dan variedad y movimiento a la uniformidad pictórica del conjunto. También le recomendamos que intente liberarse de las copias.

Un busto de escayola de A. Fernández, ejemplar único en su clase, bien de expresión y discretamente tratado, nos hacen desear que estas aportaciones, en lo sucesivo, sean más numerosas.

Divagaciones sobre el color TOLEDO EN EL ARTE

NOTAS GENERALES.—II

POR GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Un día que papá Sol se asomó sobre las islas británicas, no sospechaba que, con un prisma en la mano, el gran Newton iba a robarle un secreto, descifrando la gama del color que, desde los primeros tiempos, contemplaban los hombres en el impalpable Arco Iris.

De las observaciones del gran pensador, partió el camino que habría de desembocar en lo que hoy alcanza categoría de ciencia o, cuando menos, de especialidad.

Multitud de animales se visten del color del medio que les rodea y los hay que, al cambiar de medio, cambian de color. De aquí, el moderno Marte aprendió a dar sentido a la palabra «camuflaje».

Esto y mucho más la Naturaleza. El hombre también está poniendo todo lo que puede de su parte.

En los países tropicales dominan los colores claros, que repelen el calor, y en los nórdicos los oscuros, que lo absorben. De aquí la cal en Andalucía y la pizarra en el Norte. El jipi-japa en Cuba y el oscuro flexible en Londres.

Del color rojo como estimulante, pueden citarse los siguientes ejemplos: En un restaurante, pintado en su interior de verde claro, los parroquianos comían y después charlaban excesivamente. Se pintó de rojo y amarillo y los comensales comían más a prisa y marchaban antes del local, dejando sus puestos a otras personas. Resultado: el 30 por 100 superior de ingresos. En una fábrica de paredes blancas se quejaban los obreros de frío. Se pintó de rojo coralino, y cesaron las quejas.

Como norma general puede concretarse que los colores del extremo rojo son estimulantes, y que los verdes y azules del otro extremo, son calmantes.

De aquí la aplicación del color en la medicina moderna.

Las personas nerviosas y apasionadas se deben rodear de colores del extremo azul, y las personas decaídas y pusilánimes, con los colores de la gama del extremo rojo.

No debemos olvidar los conceptos de blanco y negro que, aunque fuera del prisma, también ejercen una enorme influencia en la vida humana.

Cuando se cambió en verde el negro del puente Blackfriars de Londres, los suicidios, antes numerosos, disminuyeron en un 33 por 100. Al amparo de este color se han cometido las más terribles infamias. Sin embargo, el negro, es amor en el luto por el ser querido y fina distinción en la etiqueta obligada de los actos sociales.

Los enfermos, generalmente, se sienten mejor cuando las personas que les asisten o visitan visten de blanco.

Al encargado de un taller le bastó pintar de blanco unos cajones grises, que tenían que transportar los obreros, para

Decíamos en el artículo anterior que a Toledo la interpretación literaria le había alejado bastante de su comprensión típicamente estética. Este fenómeno se debe a causas más hondas que la influencia del trabajo literario, fácil y poco documentado, debido a la pluma volante del que llegaba fugaz para hacer una crónica con que justificar una permanencia más o menos frívola.

También tiene raíces más hondas que las debidas, al influjo de los que, con dos o tres adjetivos poco concretos, lograran una reputación con que ganar su vida.

Las causas más profundas se deben, a mi pensar, al temperamento toledano y a su formación fundamentalmente literaria, en que los valores lingüísticos han sido preferentemente cultivados.

Por eso ha faltado más el intérprete artístico y arqueológico, sin que por ello hayamos de preterir los valiosos trabajos de Castaños, Román, Martínez Simancas, Rey Pastor y otros cuyas obras han quedado poco atendidas, sin que se les hiciera el caso debido a ellas y sin que se hayan unificado formando un *corpus* arqueológico toledano.

Que hay algo temperamental, lo muestra que los nombres más valiosos de Toledo, Garcilaso, Rojas Zorrilla, Valdivieso, predominan sobre los de Tristán, Covarrubias y Monegro. El mismo Navarro Ledesma, que empezó como arqueólogo en San Juan de los Reyes, se definió principalmente como literato, y la propia labor meritorísima de San Román y la muy aceptable de Vegue, caminaron preferentemente por la vía documental y erudita más que por un análisis estético.

Y comoquiera que gran parte del arte en Toledo, sobre todo el mudéjar, es preferentemente anónimo, la laguna que queda es grande.

La permanencia del árabe, de un programa estético limitado, y la del judío, de valores plásticos nulos, han

que cesaran las quejas sobre el peso excesivo de éstos.

Por ahora son suficientes los ejemplos expuestos para demostrar la influencia del color en las más diversas actividades humanas. En el número siguiente escribiremos concretamente sobre «El color en el hogar».

contribuido, en no poco, a la falta de gusto para una interpretación plástica suficiente, limitándola casi a un Toledo de historia, leyenda y, en los casos peores, de un comentario vulgar.

Este modo de sentir, hace que interesen más estos valores que los puramente históricos y el ambiente vulgar se contente con datos extraestéticos y a veces antiartísticos, como el que despierta la campana más grande, la ventana más chica y el callejón más torcido y angosto, por lo que el que viene con una inquietud de arte, recibe la respuesta lacerante del número de tornillos de la custodia de Arfe, la procedencia de su oro y otros datos análogos.

Cuando veníamos de excursión turística a esta ciudad, muy tan lejos siquiera de pensar que nos íbamos a sepultar en ella, nos explicaban que el colmillo que había colgado en lo alto del crucero de la Catedral, era el cuerno del buey que trajo la primera piedra para el primado templo toledano. Hubieron de quitarlo para evitar la torturación de los espíritus, que pensarán cómo por el influjo de la gárrula elocuencia de los cicerones de turno, un colmillo de marfil se transmutaba en asta de bovino.

No pretendemos anular las demás interpretaciones: muchas son valiosas, otras curiosas y las más vulgares; entretienen al que no es capaz de mayor empresa, pero deben quedar lejos de ahogar una apreciación digna y adecuada del mayor valor estético que queda en sitio del mundo. Toledo es el área geográfica de mayor densidad estética del orbe.

Defiendo, por lo tanto, que no debemos abandonar ni dejar fuera de su proporción debida, una valoración propia de todo lo que en Toledo nació preferentemente con un fin estético, el cual ha ido pasando a segundo plano por las demás interpretaciones, que le alejan y distraen, muchas veces, más de lo debido.

En otro artículo diremos, para acabar este punto, algunas causas más que han producido este desencauce, sin tocar por ahora, por sabido, el turismo vulgar que ha soportado la ciudad y el de la leyenda toledana sobre cada monumento, cuya interpretación histórica y psicológica dejamos para más adelante, si Dios nos da gusto, tiempo y papel.

J. ANGEL G.

LEYENDAS OLVIDADAS

LA CUEVA DE HERCULES

Hoy es una vulgar casa de vecindad más.

Ayer fué génesis y embrión de Toledo, que fué extendiéndose al cubrir las desnudas peñas que circuían la cueva: «La Cueva de Hércules».

Hace solamente escasos meses que D. Juan Martínez «Siliceo», es Arzobispo; los calurosos días de aquel verano de 1546, pasan inadvertidos para él y su acompañamiento, entretenidos en eutrapélicas discusiones por las mágnas del Tajo.

Magnífica tertulia la de aquellos hombres del Renacimiento, de agudo ingenio y punzantes dichos. Gustan, rivalizando, de comentar los asuntos más fantásticos y extraños. Quién, aquella tarde sacó a colación la existencia de una enorme cueva en la que nadie osó penetrar sino para su perdición. Afirman que la entrada principal está bajo la Iglesia de San Ginés. Ponderose en extremo su longitud que, al decir de algunos, excedía las tres leguas y los diversos aprovechamientos que hasta el día ha tenido. «Siliceo», aquella noche, siente la comezón de los grandes descubridores.

Era aquélla la época de las grandes gestas. Ansioso, desea ya desentrañar los misterios que encierra, y comienza una febril búsqueda en su biblioteca de noticias que le orienten. Da orden urgente, que cuadrillas de peones limpien la entrada para dar comienzo a una exploración. Polvorientos pergaminos abren sus páginas amarillentas, los textos de Sixto Rufo y Pomponio Mela, le revelan sus misterios.

¿Sería Túbal, poblador de España, quien la labrase, o quizás, aquel hipotético Hércules Egipcio, primer troglodita toledado, quien después de realizar su gran hazaña de Gibraltar la eligiese como vivienda y celebrase sus conciliábulos de magia? Sus dudas son despejadas en la tertulia. Hombres prácticos, casi todos opinan que debió ser una catacumba para los cristianos perseguidos a imitación de las de Roma; pero los versados en el arte militar, afirman, sin género de duda, que es una salida secreta de la Ciudad sitiada, sin faltar el crédulo que haciendo eco de las creencias populares, sostiene, que dentro se guarda el gran tesoro que depositaron los romanos, producto de sus rapiñas, y que es defendido celosamente por un Cerbero.

Nuevamente acude a los libros. Re-

vuelve sus estantes y encuentra en las páginas del célebre historiador Abul Csión Tarik Abetatarique y en la Crónica de Bleda, por igual, la triste historia del fin del reino godo.

Aquella tarde todos prestan atención. El Arzobispo refiere su rara historia. Sin género de duda, una de sus salas corresponde a la Torre Encantada, lugar donde Hércules depositó las profecías que vaticinaban el desastre de la monarquía goda. Torre a la que cada rey sellaba con un candado cumpliendo con un mandato inmemorial, tradición que violó el rey D. Rodrigo el día que hizo saltar los herrumbrosos cerrojos de sus antepasados, atraído por malsana curiosidad.

Dentro descubrieron, en una caja, ciertos lienzos en que se veía pintado el arrollador avance de Tarik, pinturas que transformándose en horrenda visión, no pudieron contemplar por segunda vez, puesto que aterrorizados Rodrigo y su corte se alejaron precipitadamente, y al volver, un águila, dejando caer una tea encendida, redujo a cenizas la grandiosa fábrica.

Sin embargo, la gran sala subsistía. «Siliceo» no resiste más. Abandona opiniones y libros, y se presenta ante la cueva para dar su bendición a los atrevidos aventureros, que bien pertrechados de luces, vituallas y rollos de cordeles, se prestan a internarse ante aquel nuevo laberinto.

La tenebrosa obscuridad se rasga a la luz de teas y linternas. La admiración es continua, la grandiosidad de proporciones, las labradas columnas que sostienen enormes arcos, las salas que se suceden con distinta ornamentación y los grandes murciélagos que se desprenden de las bóvedas rozando sus frentes, al ver interrumpida la obscuridad centenaria de su vivienda.

Llevan media legua de camino y la cueva se prolonga, parece ser que no se acabará nunca. Al fin, toparon con una sala donde, sobre unos altares, se veían hasta siete estatuas, al parecer de bronce; a su admiración se une la perplejidad. Alentados por tal descubrimiento, prosiguen. Sin saber cómo, uno de ellos se engancha con una de las estatuas que cae al suelo. Un siniestro eco como prolongado aullido de perro se extiende por la bóveda. Aquel bronce ha vibrado de una forma nunca oída. ¿Será un pre-

sagio para no seguir adelante? Vencen el miedo y siguen adelante. La cueva se va reduciendo, son más toscas las paredes y se abren negras bocas en los laterales. Un murmullo difuso se percibe, avanzan y descubren una corriente de agua. No probaron a pasarla, rápidamente retornaron a pasar por la extraña habitación, y ansiosos salieron a la luz del día. De aquella expedición «muchos murieron y todos enfermaron», nos dice Don Pedro de Rojas.

Tapióse la entrada y se procuró olvidar.

Pero el gran tesoro que escondía la cueva sigue latente en las mentes del pueblo, y no falta quien acosado por el hambre, entra a probar fortuna y muere al siguiente día acosado de terroríficas visiones.

En 1839, se reconoce sin resultado alguno, y en 1851, jóvenes aficionados a las bellas artes, emprenden la tarea de desentrañar el misterio. Solamente encontraron «dos bóvedas de piedra y en los extremos de la estancia ciertos boquetes o puertas tapiadas», según Palazuelos. A fe mía que demasiado somero fué aquel reconocimiento, pues ni siquiera intentaron abrir aquellos «boquetes tapiados».

Y hasta la fecha nadie, que yo sepa, ha intentado nuevas pesquisas por el interior de la cueva. La leyenda y la historia la han immortalizado para siempre. Wasington Irving la aprovechó para una de sus bellas leyendas, y Timoneda en su «Rosa española», al igual que Sepúlveda, lo pusieron en romances.

Hoy no restan ni las bóvedas que vió Palazuelos, todo se rellenó de escombros y la parte que atraviesa la Ciudad se apropió para hacerla sótanos.

Sin embargo, la salida que esta cueva tiene por Higares, no ha sido objeto de ninguna exploración, ni antes ni ahora. Su boca trapezoidal se ofrece tentadora a una expedición.

Yo brindo a todos los jóvenes aficionados la ocasión de una excursión a visitarlas, y si alguno de los nuevos espeleólogos con más valor nos sentimos que los hombres de «Siliceo» y más tesón que los estudiantes de 1851, quizá se consigan algunos descubrimientos.

RUFINO MIRANDA

VIAJEROS EN TOLEDO

SCHWOB Y SUS «PROFUNDIDADES DE ESPAÑA»

Todos somos un poco viajeros en Toledo. Aunque unidas obligación y devoción nos quiten el sabor espontáneo de las cosas, éstas tienen tanta fuerza que se imponen por sí mismas y transforman las horas diarias en una delicia y en una gloria.

Pero lo importante, el secreto de todo, la confirmación de las propias sensaciones, se obtiene al contrastarlas con las de los viajeros auténticos y especialmente con los ojos lejanos, con las pupilas extranjeras; acostumbradas a otras atmósferas, a distintos ambientes, reaccionan con más vigor y nos hacen observar matices imprevistos o quizá apenas vistos, escorzos originales que nuestro hábito había cegado.

Muy curioso sería estudiar, y coleccionar, las visiones extrañas de Toledo. Muchas sensibilidades han desfilado por la maravillosa ciudad. Algunas, mentes extraordinarias, aunque muy conocidas ya; huelga por ello citarlas. Pero existen otras, menos divulgadas o casi totalmente desconocidas.

He aquí a René Schwob y sus «Profundidades de España» (1). Schwob, aunque de apellido tudesco, es un vigente escritor francés. Como francés, hombre de abierta sensibilidad. Viene a España y escribe un libro. España: siempre materia inédita y prodigiosamente inagotable para un libro. Atraviesa la Península. Se detiene en Castilla: Castilla, *tierra sin igual, que no se doblaga* («Terre sans égale et qui ne fléchit pas»). Visita en Burgos su Catedral y su Cartuja de Miraflores. En Madrid, la plateresca Capilla del Obispo. Y admira a Velázquez y a los pintores venecianos del Prado. Asiste a los toros, al baile flamenco. En el Escorial, contempla el San Mauricio. Y desfila por Segovia, y se extasia ante un retablo de Juan de Juni; y piensa allí en Ganivet, el gran español. Por fin, llega a Toledo.

El primer contacto lo establece en la Catedral. En la capilla del Cristo tendido, en el muro exterior del coro, el sacerdote dice la misa casi mezclado con los fieles; las mujeres se abanicán; un hombre arrodillado, con los brazos ocultos, se diría un árabe. Del flanco del Cristo del retablo, escapa una ola espesa de sangre. Y ello sugiere al viajero el pensamiento de cómo España ha sido fiel siempre, como ningún otro país, al culto de la sangre. La lucha contra la morisma, la Inquisición, la escultura policromada, la tauromaquia, tienen en la sangre el elemento común; Goya ha sabido resumirlo definitivamente.

En la Catedral misma, se enfrenta el escritor con el Greco: el Apostolado y el Expolio. «La mayor parte de los personajes — observa — se compone, sobre un fondo de tormenta, de un remolino de pliegues y de carnes que parece lanzarse en todas direcciones. Esta división transforma toda la obra del Greco más en una



imagen del misterio de la Trinidad que en cualquier otra analogía terrestre; bajo el aspecto, muy particular, de que las formas desnudas son engendradas por los ropajes, como el fondo parece encarnarse en éstos». Tal pintura — afirma — no es solamente religiosa por los temas, siempre tomados de las Escrituras; es, en sí misma, una revelación del misterio católico. La única finalidad del pintor es traducir su éxtasis, en presencia de una realidad cuyas relaciones con la realidad objetiva se reducen a la apariencia humana. Si fuera necesario un signo para definir al Greco — añade — debiera tomarse la cifra 3, pues, a lo largo de su triple punta, la vista puede recorrerla indiferentemente desde un extremo a otro; el Greco imprime al espíritu una sacudida análoga.

Ahora en Santo Tomé. Ante el Entierro del Conde de Orgaz. El Greco — observa — no parece usar jamás sino tres o cuatro colores mezclados en infinitas combinaciones, y el efecto de volúmenes en movimiento no lo consigue sino mediante el empleo simultáneo de tintas frías al temple y de tintas cálidas al óleo; Cézanne debió proceder de análoga manera. La razón técnica esencial de la buena pintura es del mismo orden que su razón metafísica; en ambos aspectos, la necesidad de reunir en íntima comunión las apariencias más opuestas; y no es posible discernir, como en toda obra divina, dónde termina una y empieza la otra, cual preexiste. La parte baja del cuadro, el de la muerte humana, emite una nota inesperada: parece como si difundiera el contenido de su obra, igual que una fuente; y no hay que olvidar que la parte humana del cuadro no es más que una escena rectangular (como un féretro) y terrestre. ¡Es arriba, en la parte alta, donde la fantasía mística del Greco se desencadena!

«El Greco — se ha dicho por espíritus miopes — jamás fué cristiano; la serenidad de los rostros ante la muerte lo atestigüa, y también el gozo que experimentaba al componer un bello cuerpo». Pero Schwob refuta agudamente: Muchas mentes, poco sagaces, no han visto en el catolicismo sino desesperación y mortificación, y en el Greco un puro heleno, y en sus temas religiosos pretexto para escapar de la Inquisición. Nada más erróneo. En su técnica se denota de manera inmediata y espontánea un profundo esoterismo católico, de irresistible vida espiritual, de confianza en la Eternidad. Sus personajes son serenos, pero no a la manera pagana, descuidada y sensual; están llenos de una alegría austera y de gravedad. Ofrecen unánimemente el espectáculo de su aspiración a morir; espera feliz e impaciente de la muerte, que se lee tanto en los rostros de los caballeros como en los de los Apóstoles. Una mezcla de ardor, de paz y de espera del fin de la vida terrena; tal es el catolicismo y tal, también, su pintor.

Paseando por los Cigarrales, la visión de la ciudad sugiere al escritor algunas sutiles meditaciones. Lo que puede suscitar en el Greco la extraña partenogénesis que en él se manifiesta, tal manera de engendrar formas indefinidas, es primordialmente el aspecto de Toledo, donde nunca se llegan a alcanzar los límites de la roca, del suelo o de los edificios, donde cada cosa se refleja y encarna en las demás. Ciudad sin rúa exacta, que parece una frágil victoria sobre la tierra y la piedra; ciudad que trepa y que desciende, brincando en torbellinos.

Si es que existe un «secreto de Toledo» que, en el plano de la plástica, el Greco haya adivinado, es éste de la comunión de las formas humanas con la naturaleza, el secreto de una natural y sobrenatural reversibilidad. Los borriquillos mismos que pacen en la roca, no se distinguen apenas de ella; y la ciudad, colocada sobre pendientes que se derrumban, no subsiste en la cima de su árido acantilado sino en virtud de un inverosímil equilibrio.

Todo aquí es cielo, roca, polvo: un Africa cristiana.

En San Vicente, ante el gran lienzo de la Asunción.

El ángel de la izquierda ha roto definitivamente con toda forma humana. Su cuerpo, o, por mejor decir, su veste, se enreda desde los pies hasta el cuello en un inmenso remolino. Otro, tiene los pies sueltos, aislados. Un tercero no es sino una masa de ocre, con un ala desplegada y la otra recogida. El Greco ha querido pintar el movimiento mismo de la ascensión; el mundo no le ha servido sino de pretexto. Y de ello ha resultado esta inmensa rueda elíptica a punto de girar.

Por lo demás, este lienzo no es un cuadro: es una llama que se eleva, una melodía parada en el más dulce instante. En los confines de la pintura y la música, por un extraño misterio, las formas se convierten en sonidos. No hay aquí, como en el Entierro, volúmenes que se repiten; o, como en el Apostolado, el misterio de la Trinidad. Se siente uno subyugado: ¡Hay sólo acordes, ascendiendo en un aire abrasado de llamas que se agitan!

F. ALLUÉ Y MORER

(1) René Schwob: «Profondeurs de l'Espagne» (Orné de 16 planches). Bernard Grasset, éditeur. 61, rue des Saints Pères. Paris.

La mano cortada

(Cuento)

ERAS poderoso y me mandaste cortar la mano derecha, mientras la envidia te carcomía el corazón.

Y era insaciable tu tortura y no paraste de perseguirme mientras no arrebataste todo mi caudal y me viste pedir por los caminos con la única mano que me habías dejado.

Desde entonces, ni una sola mañana desperté sin que te odiara mi corazón, y no pude dormir ninguna noche sin maquinar en mi cabeza la peor de todas mis venganzas.

Y son cinco los años que miré el estéril muñón de mi brazo, y son muchas las noches y muchos los días que de tí me acordé para odiarte.

Mas una noche, mientras dormía junto al almácigo del camino, mis ojos cansados vieron brillar la estrella de luz blanca que saliera por donde viene el sol.

Y por primera vez he sonreído y en la noche me arropé la alegría.

Pero aquello pasó como una estrella que se corre en el cielo, y mis ojos no han vuelto a sonreír.

Y una mañana, cuando el lucero bajó a beber al río y la sombra del sueño se deshizo en el agua, emprendí mi camino para llegar a la ciudad hermosa a la hora en que a mí me convenía.

Y sucedió que en el instante en que yo me tiré por la trocha para cruzar el río por el vado, no lejos del camino, vieron mis ojos un hombre despeñado y malherido.

Me acerqué presuroso y, con mi pañuelo, le lavé su cara; no tenía conocimiento y por una brecha sangraba intensamente. Entonces me quité la camisa que llevaba y, como pude, con los dientes, la rasgué. Taponé aquella herida y traté de liar como una venda de jirones y apretar fuertemente porque la sangre dejara de salir; pero he aquí que con mi única mano no podía y mis ojos miraron y nadie vieron venir por los caminos, y aunque yo me esforzaba, no conseguía colocar aquello como era menester.

Y en aquel instante el herido cobró el conocimiento y abrió sus ojos desmesuradamente.

Nada le dije ni nada me dijo; comprendía mi torpeza y su zozobra y se quedó mirando el muñón de mi mano inservible.

Le ví que lloraban sus ojos y, aunque he llorado pocas veces, no pude contenerme y lloré con él.

Y aún mis ojos calientes goteaban cuando vieron venir por el camino un carro grande tirado por dos bestias.

Dí un salto de alegría y comencé a gritar.

Fué curado el herido con presteza y una vez que le ví sobre el carro bien dispuesto, proseguí mi camino sin que mi vista volviera para atrás.

Pero qué cosas tiene el corazón del hombre: cuando llegado al río a lavarme la mano ensangrentada, el muñón inservible de mi brazo se quedó todo limpio, una gran alegría invadió mi ser, mientras mis ojos miraban las aguas que corrían y una oración brotaba de mis labios.

Únicamente me escarbaba en el alma, como poniendo sombra en mi alegría, la tristeza sentida al no tener completas mis dos manos para haberle podido curar más prontamente.

Y era él, quien mi mano mandara cortar, cuando la envidia le carcomía el corazón y era insaciable su tortura.

JESÚS PEÑALVER

Covarrubias - Juan Bautista de Toledo o Herrera - Leoni

Artífices del Imperial Alcázar:
Vuestra obra se ha tronchado envuelta en gloria;
la hicisteis para un César, y en sus ruinas
mil héroes escribieron con su sangre
la página más bella de la Historia.

NORTE

En el flamerero funerario prende
un presentir de tumba hecho granito;
es sonoro presagio, mudo grito
que el blasón imperial de gloria enciende.

Una dovela viva no comprende
la rabia que ha movido el aerolito
rompedor de armonías, pero escrito
queda su arte con sangre que trasciende.

Se hunde la obra alígera; entre estruendos
quiebran los arcos y pesados caen
roto el encaje gris... ¡Y un celestial

iris de piedra surge! Los tremendos
tambores de metralla no distraen
su ingrave arquitectura de cristal.

SUR

Exacta concepción con línea escueta;
obra severa de un severo Imperio;
de los siglos y el Arte, cautiverio;
del valor y la Historia, sobria arqueta;

escalera grandiosa; torre prieta;
ritmo de balconaje; y el misterio
que flota de los héroes... ¡Sahumerio
roto por la vesánica piqueta!

Recio escudo con recios defensores,
de enemigo no hollado por su planta;
bajo tu geometría, alma de tumba,

se abre un volcán de estériles furores...
¡Tu inmarcesible gloria se levanta
mientras tu arquitectura se derrumba!

CUMBRE

El terrible aldabón de la batalla
ha llamado con brusco restallido
al umbral centenario, su sonido
se propaga con ecos de metralla.

Cruje el hierro bordado de la malla
que Leoni tejiera... ¡Ha caído
el recio Emperador! Cunde el ruido
con bélico fluir... El Tiempo calla.

Regia sombra, sobre un lucero late.
Roto el Alcázar vibra patrio anhelo:
la Enseña —sangre y gloria— reverbera.

«Si véis caer mi cuerpo en el combate...»
... es la orden de bronce, ¡y junto al cielo
se yergue, sobre ruinas, la Bandera!

ANTONIO DELGADO

(Trabajo premiado en el reciente Certamen literario organizado por «Estilo»).

García del Castañar (Fragmento)

DE FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA

Francisco de Rojas Zorrilla nació en Toledo el día 4 de Octubre del año 1607. Fué bautizado el 27 del mismo mes y año en la iglesia del Salvador. Murió en Madrid el 23 de Enero de 1648. Este año se celebra el III Centenario de su muerte.

Más precio entre aquellos cerros
salir a la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo,
y cuando son a los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo
y derribar esparcidas
tres o cuatro, y anhelando
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que las provoca,
y traer las que palpitan
a mis manos, que las quitan
con su gusto de su boca;
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme a mi casa, como
suele de la guerra el Conde
a Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa
y puestas al asador,
con seis dedos en un pernil,
que a cuatro vueltas o tres,
pastillas de lumbre es
y canela del Brasil;
y entregársele a Teresa,
que con vinagre y aceite
y pimienta, sin afeite,
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos, que no hay cosa
como a dos perdices, dos;
y levantando una presa,
dársela a Teresa, más
porque tenga envidia Bras
que por dársela a Teresa,
y arrojar a mis sabuesos
el esqueleto roido,
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos
y en el cristal transparente
brindar, y, con mano franca,
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias a quien nos envía
el sustento cada día,
varias cosas platicando,
que aqueso es el Castañar,
que en más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me puedan dar.

Entre hoy y mañana

Quebradas las esquinas; quebrado el suelo.

Sombras. Grises; marrones; más acá, negras.

Allá arriba tilila una luciérnaga. Se adivina la gigantea mole de San Pedro; asilo de ancianos; refugio de desamparados; ...dormido.

Silba el viento; dejándose caer por los canalillos; desde las inseguras tejas. Arrastrándose entre las casuchas. Modulado y retorcido. Tropezando en el desigual pavimento. Frío. Cortante siempre.

Se agitan las briznas de hierba. Los faroles balancean peligrosos su luminoso contenido. Sobre la obscura calleja bailotean, frenéticos, clarooscuros aterradores.

...Y allá en la distancia y las tinieblas, se cierra un viejo portalón. Chirrido desagradable, graznido grosero en el silencio solemne de la noche.

Pinta una mancha blanca sobre la cresta de un tejado cercano. Su fulgurante reflejo se deja sentir en el negruzco fondo de la calle. Las siluetas surgen, de pronto, impresionantes; pesadas; impenetrables.

Arriba, también de pronto, desaparece la negrura. Un suave tinte blanquecino asoma indiscreto, tranquilizador, entre las tortuosas construcciones.

...Y rasgando una nubecilla se deja ver redonda, alegre, la luna.

Cierra de golpe la ventana en lo alto.

Un murciélago grita, jaleoso, entre cabriolas y esguinces.

Todo es calma, serenidad.

Suaves; serenas, también, caen las campanadas de un reloj cercano.

Y el eco se pierde juguetón entre ladrillos, piedras, esquinas y arbolillos.

Mientras, lejos, brilla consoladora una capillita callejera.

JOSÉ L. P. DE AYALA Y L. DE AYALA.

Animados por la favorable acogida dispensada a nuestro primer número, nos hemos lanzado a la atrevida tentativa de superarle, no en contenido, puesto que en este campo no existe problema contando con la colaboración de los que hasta hoy lo hicieron y de los que faltan, que sin duda asistirán pronto; nos referimos a superación de forma y de extensión, con su inherente problema económico.

Para que todos tengan oportunidad en la confección de AYER Y HOY, la Redacción invita a los pintores, grabadores y dibujantes a enviar proyectos de portadas para la tapa, las cuales, se irán insertando en números sucesivos.

ALGO SOBRE PICASSO Y SU PINTURA

POR MARÍA-LUISA GARCÍA-PARDO

Nace Pablo Ruiz Picasso, en Málaga, el año 1881. Desde niño, su padre le inicia en el Dibujo con un sentido férreo de la disciplina, y ya, a los diez años, encontramos que pinta su cuadro «Pareja de Viejos», hoy en el Museo de Málaga, cuadro al óleo, de una precocidad extraña, pues a esa edad, sólo pintarrajean los chicos aquellas cosas chocantes a su imaginación.

A los cuatro años, es trasladado su padre, Catedrático de Instituto, a Coruña, a las brumas gallegas; ¿qué impresión produciría en el ánimo del niño, este cambio de ambiente?

A los catorce, marcha a Barcelona, pues su padre es nombrado Profesor de la Escuela de Bellas Artes, la famosa Escuela de la Lonja.

Es un niño prodigio. En 1895, ingresa en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, haciendo, en un solo día, el ejercicio de ingreso, para el que se concedía un mes de plazo. Se somete íntegramente a la disciplina de la Escuela y empieza a pintar una serie de cuadros y, en cada uno de ellos, imita la manera de un pintor conocido, acaso inconscientemente, pero copia lo que le emociona de momento. «El Monaguillo», a lo Mas y Fondevila. «El hombre del quinqué», «La muchacha de los pies desnudos», muy a lo Cezanne, logrados formidablemente, debido, quizás, a los rigurosos estudios académicos a que su padre le sometiera.

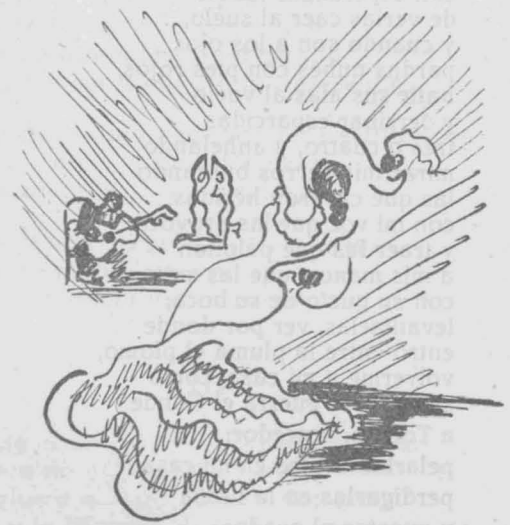
Joaquín Mir, su íntimo amigo, mayor que él, nos sorprende con un juicio por demás chocante. «Picasso no veía el natural, sino que sólo veía las cosas a través de las representaciones de los objetos hechos por otros».

Pinta Picasso una numerosa serie de cuadros admirables, las figuras estupendamente dibujadas y construídas; tiene a veces una gran elegancia, influencia clara de su amigo Ramón de Casas, tan gran dibujante al carbón. Aún no ha llegado el tiempo en que Picasso había de afirmar: «Hago un cuadro y después lo destruyo, pero a fin de cuentas nada se ha perdido. El rojo que he sacado de un lugar, se encuentra en algún otro.» Concorre asiduamente a el Quatre-Gats, hostería bohemia barcelonesa donde van a reunirse, discutir y darse bromas, las famosas gata-das, a veces demasiado fuertes, toda la bohemia de la época. Allí entre melenas, chalinas abigarradas y la fantasía un poco pueril con que vestía la juventud renovadora de entonces, se mezcla Picasso con los «modernistas» Casas, Junyer, Cardona, Raventos..., entre los que él paseaba su genio concentrado y poco comunicativo, que hacía de los que le trataban enemigos o admiradores.

Hace una excursión a París, la primera, y realiza una exposición de sus cosas. Es un fracaso; ni la crítica, ni el público, se interesa nada; según parece, sólo vende una cosa, y es una mujer la compradora, una empleada, la que gasta sus ahorros en un cuadrado del desconocido. Vuelve a Madrid, y después de colaborar en varias revistas, principalmente en Arte Joven, marcha a París definitivamente. Trabajando muchísimo y pensando más, empieza a comprenderse; a fuerza de mirar hacia adentro, se hace en él la luz; encuentra por fin el camino que le marca la herencia de su madre; es el continuador de la vieja familia de

grabadores sirios, establecidos en Palma de Mallorca; el hombre de la línea cerebro-buril y de las misteriosas concepciones del Oriente, traducidas al lenguaje corriente de nuestros días.

A partir de aquí, todo se va haciendo cada vez más



extraño; se suceden las épocas: época azul, época negra, época rosa, época de los saltimbanquis, precubismo, cubismo analítico, sintético, evasiones a lo clásico, estilo de vitral, surrealismo..., pero este hombre que desdibuja a conciencia y pinta como un forzado, sabe hacer pinturas maravillosas, gracias a su dura formación clásica, a sus estudios del natural, hechos tan honradamente. ¿Se comprende ahora la debilidad y el fracaso de sus seguidores?; quisieron empezar por donde él terminara. ¿Por qué, Señor, no poner en práctica la frase? ...«Si no encuentro camino, me hago uno». Y estas son, amigos, unas notas sobre Picasso, hechos al calor del recuerdo de una exposición de litografías suyas, que visité este verano en Palma.

El día 28 de Noviembre, múltiples amigos y admiradores, rindieron, en una típica «venta», un banquete homenaje a Guerrero Malagón, para celebrar el éxito de crítica y de venta de su primera Exposición de Pintura, celebrada el pasado mes, en una sala madrileña.

Se comió y bebió bien, se escucharon discursos de sobremesa «al estilo español». ...;Y se fumó rubio, y el homenajeado firmó autógrafos, muy al estilo americano!

SOLANA, HOMBRE

Por P. QUINTANILLA OTERO

Para comprender la magnitud reveladora de la pintura de Solana, hace falta conocer antes a Solana íntimo. La vida de Solana nos ofrece las mismas facetas que su pintura, hosca, triste y brutal, pero realista.

Vida y obra de Solana traslucen al hombre en su desnudez instintiva, con sus taras de bestia al descubierto, sin hipócritas rebozos civilizantes. Solana, sincero y violento, da al mundo la bofetada de su hediondez, oculta y disimulada, pero existente. Lo que otros huyen y pretenden ignorar por feo o desagradable, incluso por inhumano, lo busca Solana, goloso de miserias, por la misma razón que las considera injustas; él, que en el fondo no fué más que un hombre bueno.

Nace Solana en Madrid en el Carnaval de 1886; su padre es un rentista con todas las necesidades cubiertas. A los pocos años, también en Carnaval, una máscara barriobajera penetra en el domicilio de Solana, niño, que se encuentra solo con la criada. La máscara intenta robar, y esta escena quedará grabada en la mente del niño, paralizando su espíritu en un susto perenne.

Vive en casa de los Solana un pariente paralítico y deficiente mental privado del habla. Solana creció a la sombra del tío Florencio «El Mudo», contemplando las burlas de las criadas a este pobre ser inmóvil y horrible en su gesto de muñeco sin vida, cuyo único movimiento de péndulo es el brazo que pretende atajar el hilo continuo que se desliza por el labio, caído y muerto.

En un examen han preguntado a Solana qué es poesía bucólica, y ha contestado que «una cosa de comer»; no sirve para el estudio y abandona el bachiller.

Será pintor y escritor. Con esas pretensiones se matricula en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero allí se ahoga en el amaneramiento de profesores y alumnos, y en lugar de copiar de los modelos se dedica a tomar apuntes de sus compañeros, escogiendo los defectuosos físicamente. Después de una clase, en una juerga de taberna que se prolonga hasta la madrugada, Solana, en plena borrachera, sufre un ataque de *delirium tremens*.

Ramón le lleva a Pombo, y allí, silencioso y apartado, sigue sesión tras sesión en la cripta. Conoce a tipos como Nogales, desnudista y vegetariano que tiene ocho automóviles y se deja melena, que tiñe de purpurina o de un verde rabioso. Allí le presentan a una artista holandesa que fabrica microbios y gusanos artísticos perseguida por la policía de varios países y que, según Ramón, «tiene ojos de ombligo».

Al final de cada sesión, y como plato fuerte, invitan a Solana que cante. Con su tremenda voz de bajo profundo interpreta ópera, y recita el «Alcalde de Zalamea»; si equivoca los versos y se lo advierten, contesta malhumorado: «Ahora el Alcalde soy yo y digo lo que me da la gana».

No le seduce esta vida entre frívola y bohemia, y se mete en un vagón de tercera con los bolsillos llenos de huevos duros y trozos de pan, un puñado de cuartillas y un lápiz, que humedece como un niño para tomar sus apuntes. Así recorre los pueblos de las dos Castillas. Se hace amigo de arrieros y de mendigos trashumantes, cuyo pan y lecho comparte muchas veces en los refugios angostos de las afueras de pueblos y aldeas. ¡Qué escenas no presenciara Solana entre esta humanidad maloliente! Cuenta el amor entre desgraciados hacinados en infectos burdeles. Le gustaba caminar con los arrieros y comer sin parar la marcha con la cazuela apoyada en el pecho. El ha visto cómo uno de estos hombres rudos y valientes, se amputó de un solo tajo de su faca, que limpió después con una miga de pan, un dedo que le había quedado aprisionado entre las piedras.

Se explica que Solana fuese atrabiliario, insociable y brutal; que las pocas palabras que soltaba fueran siempre acompañadas de tacos furibundos, y que no considerase categorías ni encumbramientos sociales. Era el gran adusto que daba siem-

pre su opinión cuando se la pedían, doliese a quien doliese.

En un banquete a Azorín, Solana fué invitado a que hablase y habló: «Uno va a hablar. A uno le molesta la generación del 98 y Larra, que se pegó un tiro, y eso es una cosa sucia. Lo que pasa es que era un vago y le tenía envidia a Mesonero Romanos.» Y siguió su perorata, diciendo «que uno conocía a otro escritor más «bueno» que el homenajeado», sin que le atajaran las toses significativas de los comensales.

En el homenaje que a él se le ofreció con motivo de haber ganado una primera medalla por su cuadro «La vuelta de la pesca», también habló Solana para decir, ante la estupefacción de los homenajeadores, todos personas de categoría social, que «Al único que uno agradece que haya venido es a Fortuna, el torero, porque es un trabajador como yo que tiene que ganarse la vida a pulso».

Así era Solana, ineducable, rebelde, franco y descomunal. Ni París con sus refinamientos le venció. Al contrario, Solana buscó su miseria introduciéndose en el barrio chino, penetrando en sus terribles vicios, cubiertos con el traje luminoso del dinero.

Solana fué invitado para exponer su obra en la *ville lumière* y allí se fué como podría haber ido a Navacerrero, con sus cuadros, sus botas de aldeano, un jamón, dos hogazas, una tortilla y una bota de vino. Al llegar a la estación parisiense se introdujo en un coche de mulas y gritó al cochero con su fuerte castellano: «¡A la fonda!» Después, en su exposición, armaba líos enormes a los compradores, al pedir el precio de sus cuadros en duros o en pesetas.

Ultimamente vivía Solana en un piso con su hermano Manuel, soltero como él. Había pasado la época de las locuras pombianas; Ramón, casi un padre para él, estaba lejos. Su madre, que acabó loca —llenando con sus gritos las habitaciones repletas de esqueletos y muñecos inverosímiles, haciéndole explicar ante las asustadas visitas: «Es la madre, que está loca»—, había muerto. Solana vivía entre su pintura, que ya le cansaba, y los largos paseos por los barrios para él preferidos: Vallecas, Lavapiés, etc.

En uno de estos paseos se citó con su amada de siempre, y la Muerte acudió inexorable a la cita.

Un coro de máscaras le acompañó hasta el cementerio.



Solana, visto por el autor.

Manchas de color

TOLEDO

Lector: hace muchos años me cupo la honra de servir de cicerone a un ilustre poeta, que no conocía nuestra vieja y romántica ciudad, el cual, extasiado ante tanta evocación, me decía, que la persona que al llegar a Toledo no siente un luminoso y magnífico deslumbramiento, es un animal inferior, ya que la maga Toledo es una anunciación de belleza, suma del arte y de la grandeza histórica, porque Toledo es el Emperador Carlos V y la más alta gloria de España.

Los relojes están parados en la hora maravillosa; la ciudad mágica ha de vivir eternamente esta hora de encantamiento.

Cruzamos la pintoresca plaza de Zocodover, cuajada de cortinas rojas, de verdes postigos, como una floración fantástica. Y en la mañana azul y pura, ascendía la alegre voz de los menestrales, y el rumor de los talleres, beatíficamente, con una dulce paz y una serenidad amable, arrullada por la voz cantarina y lejana del Padre Tajo.

Recorrimos calles silenciosas, retorcidas, evocadoras; calles de leyenda, donde el jaramago ponía penachos ancestrales junto a las puertas maravillosamente labradas.

Atravesamos plazas conventuales, con cruces y hornacinas, donde sueñan álitos de vidas remotas.

Me aseguraba que en Toledo se vivirá siempre en pleno siglo XVI.

Los mendigos astrosos, pardos y lastimeros, le parecían tallados en piedra junto a los pórticos imperiales.

Al llegar a la muralla gótica de San Juan de los Reyes, vimos un ciego con montera peluda y cayado, de férreo cuento. Le guiaba un rapaz descalzo, con ojos como puñales en la cara terriza. Se le antojaba Lázaro de Tormes, pícaro e inmortal, pidiendo men-drugos de puerta en puerta, mientras el ciego, de pupilas de porcelana, cantaba un romance milagrero con su voz antañona...

Y la mole gris del baño de la Cava y el puente de San Martín, reflejaban sus siluetas temblorosas en las aguas musicales.

¡Églogas de Garcilaso, leyendas de Zorrilla, rimas de Bécquer! —exclamaba—, la bruja Toledo canta sus divinas alucinaciones en esas páginas eternas...

Con fogosidad y entusiasmo lírico,

POSTALES TURÍSTICAS BERRUGUETE

Bajo las altas bóvedas de la gran Catedral de Toledo, se oyen golpes que vibran en el aire. Son producidos por una maceta de acero sobre el cincel o la gradina. Unos brazos fuertes y seguros mandan los golpes, obedeciendo el mandato de un cráneo alargado con frente alta, ojos pardos, que se protegen bajo dos arcos cargados de cejas. Una nariz puntiaguda se quiere asomar a la boca pequeña que permanece cerrada. Todo el resto de la barba, de pómulos para abajo, termina en punta.

Este retrato parece ser el del escultor, que trabaja en ese gran bloque de alabastro.

Se llama Alonso de Berruguete. Es en el año 1543.

Por el suelo ruedan los pedazos que se han ido desprendiendo de la gran mole. ¡Qué bien pensada la idea y qué bien ejecutada por el artista! Las figuras han ido apareciendo, como aparecen las flores en los jardines. Aquí el jardinero es el artífice. El las ha regado con su sudor, con sus desvelos, con su manera de hacer. Hasta que se han terminado. Entonces las abandona y ahí quedan para asombro de los siglos venideros.

Ha dado toda su vida, a esos hijos espirituales, que no morirán nunca. Representa la Transfiguración.

GUERRERO MALAGÓN



Xilografía del autor.

proclamaba, a los cuatro vientos, que la grandeza de España estaba en nuestra ciudad-museo, en la maravillosa ciudad de Carlos V, alas imperiales de las puertas toledanas, oro de la Historia, sangre de aventuras y de misticismos, la cruz, la espada y el laurel...

¡Toledo!

PABLO GAMARRA

¡CANDIL!.....
¡¡Arde!!



OJO CRÍTICO. — POR MORAGÓN

—¡Qué idea más original y más nueva pintar la luna con un aspecto volcánico! Y ¿cómo titula usted su cuadro?

—Pues... «Al buen queso Gruyere».

GALERIA

UN TOLEDANO, UN TRABAJADOR, UN ARTISTA

Recientemente ha sido premiada, en forma triple, la fecunda labor de uno de los artistas toledanos más conocido y querido por todos nosotros: D. Julio Pascual. Tres recompensas, independientes unas de otras, pero simultáneas, han venido a recompensar al artista, al artesano y al hombre de bien, toledano honrado y querido por sus convecinos.

Artista conocido no sólo en Toledo ni en España, sino también en el extranjero; cuya labor de rejero, difícil y áspera, pero solemne y perdurable, lleva la nota española y toledana a varias góticas Catedrales, castillos y palacios de nuestra patria y de otros lejanos países (Bolonia, Boston, etc.). Artista polifacético, que ya en 1904 es premiado con la Cruz de Plata de Isabel la Católica y Cruz de Plata del Mérito Militar; en 1906, 3.ª Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes; en 1908, 2.ª Medalla de la misma Exposición por sus trabajos de hierro forjado, cincelado y esmaltes; nombrado en 1918 Académico de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo; Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Filadelfia de 1926, por sus trabajos de cerrajería artística y esmaltes; en 1929, Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII; primer premio en el Concurso Nacional de Arte Decorativo de 1930; miembro del Jurado de Exposiciones Nacionales, etc., etc....

Recientemente, fué nombrado Presidente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Magnífico y merecido colofón a una incansable labor creadora de Arte.

Artesano tenaz y constante, trabajador amante de su oficio, desde 1902 hasta hoy, ha ido imponiendo al hierro y al fuego su voluntad y su inspiración, consiguiendo obras que perpetuarán su nombre en el futuro. Pero no solamente labora el maestro en su taller, sino que, acabada en él la jornada de trabajo, cuando los yunques han enmudecido y el hierro se enfría, por las tortuosas y mal empedradas calles toledanas va todas las noches, desde San Juan de la Penitencia hasta la Escuela de Artes, donde desarrolla una amplia labor docente que data desde 1905...

El pasado día 30 de Octubre recibió, de manos de la esposa del Caudillo, la 2.ª Medalla de Artesanía, premio a la mejor y más constante labor de trabajo artesano de toda España. (La 1.ª Medalla quedó desierta).

Ciudadano ejemplar, toledano querido de todos, hombre probo y honrado que habiendo enriquecido con su obra Catedrales, castillos, palacios, durante más de cuarenta y cinco años, él no ha querido enriquecerse. ¡He ahí el mayor elogio a su honradez artística y profesional en esta época en que sólo se busca el lucro fácil y sin escrúpulos!...

En las últimas Elecciones municipales, D. Julio Pascual ha sido proclamado Concejal para el Excmo. Ayuntamiento de Toledo.

Como ya hemos dicho, tres recompensas que premian



por separado en una misma persona: al artista, al trabajador artesano y al ciudadano honrado.

Desde estas líneas, nuestra revista le felicita. «Estilo» se congratula de tenerle en sus filas como un ejemplo vivo que imitar, y el que esto escribe se enorgullece de tenerle por maestro y por amigo.

«GARCÍA LASO»

Continuamos en este número la publicación de nuestro Reglamento.

— 8 —

1.º, un Secretario 2.º, un Tesorero-Contador y cuatro Vocales.

Art. 14. La Junta Directiva nombrará cuantos Vocales Asesores crea necesarios, teniendo en cuenta, al hacer el nombramiento, que estos asociados estén suficientemente capacitados para representar, lo más ampliamente posible, los intereses de su especialidad y derivados. Estos Vocales no tienen obligación de asistir a las Juntas Directivas, a no ser que sean citados por éstas o que soliciten ellos concurrir para exponer asuntos relacionados con el sector artístico que representen.

Del Presidente

Art. 15. El Presidente es el representante

— 5 —

durante el mes de vencimiento, para lo cual se empezará la recaudación el 1.º de cada mes y terminará el día 5 del siguiente, debiendo estar sentado en los libros la cuenta de cargo y data el día 10 de este último.

Art. 8.º Se considerarán exentos de pago, si así lo desean, los asociados que ingresaren en filas para el cumplimiento de sus deberes militares, así como aquéllos que por causa de fuerza mayor se ausentaran de Toledo por un plazo no menor de un año.

Art. 9.º El número de asociados es ilimitado, así como la duración de la Asociación, no pudiendo disolverse ésta mientras haya diez asociados que deseen continuar.

CARTAS DESDE MI TUMBA

Sr. Redactor Jefe.

Muy Sr. mío:

La pasada me quedé en la *Jura de Sábana*. Continúo hoy mi narración:

A la semana siguiente empezamos el primer curso del *Fantasmillerato*, cuya finalidad es suministrar nos los conocimientos básicos necesarios para desarrollar después nuestras aptitudes.

Las asignaturas eran cinco: Cadeneo, Gemidez, Paso Tristísimo, Aleteo del Sabanaje e Infiltración Paredosa.

Era un curso realmente fácil. Sólo suspendieron a Eusebio, el núm. 8, un espectro gordo y bajito, terriblemente tartamudo.

En la asignatura de Cadeneo se nos enseñaba a arrastrar con soltura una cadena oxidada, haciéndonos aprovechar todos los desniveles del terreno para extraer de ella un máximo de sonidos lúgubres. Eusebio, pese a llevar tras sí la más asmática y herrumbrosa de las cadenas, daba la impresión de arrastrar media docena de cascabeles.

En el examen práctico le tocó *cadenear* a dos hermanas solteronas, una de ellas bastante sorda, que vivían en Polán. Bajó con el profesor. Las encontraron en su casa haciendo calceta.

Eusebio tragó un par de veces, se puso colorado y murmurando algo para sí les dió una pasada al trote arrastrando su cadena.

La mayor de las dos hermanas levantó la cabeza sonriendo ampliamente.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿El qué?—se extrañó la sorda.

—Ese recidito tan gracioso.

Eusebio pasó del colorado mate a un delicado tono púrpura, y dirigió al profesor una tímida sonrisita de disculpa a cambio de una fría mirada de desprecio.

—Inténtelo de nuevo—ordenó severamente.

Es más que probable, teniendo en cuenta la decisión que le animaba, que hubiera salido airoso de la prueba, consiguiendo el ansiado título de Cadeneador de 2.ª, de no haber sido por la desdichada circunstancia de hallarse graciosamente subido en la cadena al iniciar su segundo intento.

Es como pisarse el cordón de un zapato, solo que más.

Cuando logró escupir el último trozo de lo que fué un jarrón de Talavera, se levantó, y echándose la cadena al hombro, salió tristemente tras el profesor, sintiéndose el más desgraciado de los espectros. Y con un sabor a loza tremendo

Y es que Eusebio, indudablemente, no había muerto para fantasma.

El filtrarse a través de las paredes es simplemente cuestión de voluntad, acompañada ésta por cierto sentido de la intensidad y un conocimiento somero del sistema métrico decimal.

Se calcula el espesor del muro, en función de éste la intensidad del esfuerzo, y a ello, fortalecidos por la seguridad de que no hay nariz de romperse.

A Eusebio le fallaba el sentido de la intensidad.

El examen lo hizo en una antigua casa de campo, de sólida arquitectura, habitada por un matrimonio.

Eusebio llevó a cabo sus cálculos, hizo un par de flexiones de piernas y se dirigió con dignidad hacia la pared, desapareciendo a través de ella.

Seis minutos después reapareció, sucio y pálido de rabia. Tartamudeando como nunca explicó que no había podido pasar del todo. Se había quedado en medio del muro, y murmuraba terribles maldiciones contra una asquerosa araña que se le había metido por entre la sábana.

No quiso esperar para hacer la segunda tentativa. En sus cuencas había una luz acerada y todo él rezumaba inquebrantable resolución de pasar cuando se dirigió de nuevo hacia la casa.

Esta vez iba a la carrera y cambió dos veces el paso sobre la marcha.

Desapareció a toda velocidad en el muro con la sábana ondeando tras él, y tres segundos después estaba en el punto de partida. Daba pena verle. Explicó que esta vez se había excedido y cuando pudo frenar estaba en el corral del otro lado de la casa, después de atravesar siete paredes y dos biombos.

Pero dejemos a Eusebio, porque esto se va alargando. Adiós, Sr. Redactor Jefe. Le estrecha a Ud. los metacarpos

CAYETANO EL CADAVERCITO

Sugerencias

Es nuestro propósito ir planteando, en esta sección, problemas locales, exponiendo a cada uno la solución que, a nuestro entender, sea más viable.

Solucionado ya el multiseccular problema del agua, pasa a primer lugar otro tan antiguo como aquél: nos referimos a la pavimentación de las calles. Ya sabemos que existe un adelantado proyecto en este sentido, pero mientras tanto ¿no convendría revisar algunas arterias urbanas que se encuentran en lamentable estado? Concretamente: La calle del Angel es una importante vía, no por sus lujosos edificios, sino debido a que encauza una dirección laboral de primer orden, siendo el camino más transitado hacia la Fábrica de Armas. Cuatro veces al día, numerosos grupos de obreros la recorren; en determinadas horas, transitan por ella tantas personas como por la calle más céntrica. El medio millar de alumnos de la Escuela de Artes ha de pasar por allí; además, hacia el centro de la calle, hay un colegio de niñas. Si a esto añadimos el número de vecinos y de turistas que habitualmente la siguen, tendremos unos cuantos miles de personas diariamente haciendo su recorrido.

Pues bien, la calle sólo dispone de acera y media, estrechas y torcidas; casi la totalidad de los transeúntes han de ir por el arroyo. Nunca mejor podrá aplicarse el nombre de arroyo a esa parte de la calle que hay entre las aceras, puesto que posee un constante caudal de aguas y todo, el cual, sin duda, en virtud de la erosión, ha ido formando un sinnúmero de profundos y traicioneros baches, llenos de linfa cenagosa. De noche, aquel paraje es terrible. Las seis o siete bombillas repartidas en el recorrido, que mide más de trescientos metros, no contarán, en tiempo normal, cincuenta vatios todas juntas; ahora, este detalle de los vatios carece de importancia, porque la mayoría de las noches están íntegramente apagadas.

Proponemos dos soluciones: Que se arregle un poco la pavimentación de la citada calle del Angel o que se altere la nomenclatura de la misma, denominándola, por ejemplo, «calle del Angel Exterminador».

RAFAEL G. M. IMPRESOR.—TOLEDO

— 6 —

CAPÍTULO III

De la admisión de asociados

Art. 10. Para ingresar en la Asociación se dirigirá al Presidente una solicitud de ingreso, debidamente autorizada por dos asociados que den fe de conocer al aspirante, en la que constará su filiación y la clasificación que solicita, a tenor de los apartados b), c) y d) del artículo 6.º. Los asociados que presenten al aspirante, son responsables de la veracidad de cuanto conste en la instancia, así como de la moralidad del solicitante.

Transcurridos dos meses de la constitución de la Asociación, todo aquél que desee perte-

— 7 —

necer a ella, deberá abonar el primer mes, además de su recibo corriente, la cantidad de veinticinco pesetas en concepto de cuota de entrada.

Art. 11. A todo asociado admitido se le entregará un ejemplar de este Reglamento para que no pueda alegar ignorancia de sus disposiciones.

CAPÍTULO IV

De la Junta Directiva

Art. 12. El régimen de la Asociación estará confiado a una Junta Directiva, compuesta de nueve asociados, elegidos por la General.

Art. 13. Formarán esta Junta Directiva un Presidente, un Vice-Presidente, un Secretario

DISPONIBLE



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

